



EL NOVENARIO

CARMEN DE BURGOS

Es una novela cuyo título alude a las nueve jornadas del diario de una mujer, que cumple la promesa de escribir a su amiga Ana sus impresiones durante la estancia en un balneario. La mujer, ha ido al balneario de manera preventiva y se mantiene alejada del resto de los agüistas por miedo a contraer alguna enfermedad contagiosa. Conoce a un hombre interesante, Adelardo, aparentemente tan sano como ella... pero pronto descubrió que no era así y con profunda actitud racionalista le toca elegir entre la pasión por Adelardo o la pasión por la vida.

DÍA PRIMERO

Mi querida Ana: Te cumplo mi palabra de escribirte las emociones que experimente estos días. Bien pudieran llamarse «El diario de una española que no conoce España». Española de nacimiento y de raza, he vivido siempre en el extranjero, donde la carrera diplomática hizo pasar a mi padre toda su vida, ya que él no tuvo jamás esos compadrazgos que cobijan en el Ministerio de Estado, ni le cupo una suerte como la de esos generales de Marina que mandan la flotilla que, para recreo de Príncipes, existe en Madrid, en el estanque de la Casa de Campo.

Yo conocí antes la España de la leyenda que la España de la realidad. Traté españoles de esos que viajan más allá de Francia, y que son como una aristocracia de los españoles. Luego visité, en viajera, Granada, Sevilla, Madrid... Ya conoces mis impresiones y el esfuerzo que tuve que hacer para destrenzar mis ideas y que no resultasen confundidas, como en las novelas españolas que escriben los extranjeros, la España antigua y la actual «de Maura y Pablo Iglesias», como decía un buen señor que venía en el tren, sin cesar de hablar en todo el camino, y al cual le parecía todo igualmente malo. Tanto, que al apagarse la luz, en no sé qué túnel, nos dijo que el Gobierno tenía la culpa.

Pero yo no conocía aún esta parte de España, ni esta sociedad, mezcla de burguesía y aristocracia, un poco descentrada, que forma la sociedad de Balneario.

Este paisaje rompe las numerosas tradiciones de la *España de pandereta*. ¡Maravillosa España! Parece que para crear el mundo el Gran Arquitecto hizo uno de esos croquis de ensayo que ejecutan siempre los artistas antes de construir el monumento, y ese proyecto fue nuestra Península. Hay en ella de todo: todos los climas, todos los paisajes, todos los aspectos. El que conozca bien España no se sorprenderá ante nada del mundo.

Quisiera darte idea de este paisaje del Norte, de la suprema melancolía que lo envuelve todo. He vivido en Suiza y Noruega; pero aquellos paisajes son alegres y rientes comparados con éste. Estamos en un valle tan pequeño que es más bien garganta o cortadura, entre las montañas de la Cántabro Astúrica, en uno de estos balnearios perdidos en los repliegues de la sierra, entre Asturias y Castilla la Vieja. El cielo es aquí siempre gris como un espejo empañado; en el aire flota una humedad tan tenue como un rocío intenso, el cual produce esa lluvia menudita, sin gotas, que en el país llaman *sirimiri* y en Asturias *orbayo* u *orpín*. Los andaluces, más típicamente, la denominan *calabobos*.

El campo está cultivado, pero no hay huertas, sino praderas y bancales de maíz. Los árboles son frondosos, altos chopos o árboles de sombra, de espesa hojarasca; no hay frutales ni abundan las flores. Apenas hay flores entre la hierba. En los jardines que cercan algunas casas hay rosales trepadores y las más grandes hortensias azules del mundo. Sus pétalos, que parecen recortados en papel, tienen una carnosidad que casi los animaliza. Cada planta es un haz florido. La edad de estas flores se deletrea en su color. Las hay blancas, azules y rosa. ¿De qué matiz son sus canas? Hay también unas grandes flores encamadas que huelen a miel.

* * *

Siento una impresión penosa de verme hundida en esta cortadura del terreno. Me creo que estoy más baja que el nivel del mar. El cielo es como un toldo que tiene la misma altura de las montañas.

¡Oh, el pavor de las cordilleras! ¿Qué sería haber nacido aquí en tiempos pasados y verse rodeada de estas montañas, sin posibilidad de salvarlas?

Las montañas engendran el ansia de andar. Hay un engaño en la montaña. Vamos por esas carreteras blancas que voltejean entre ellas para ver un *más allá*, y siempre a una montaña sucede otra montaña... Es inútil escalarlas. Una vez arriba, se convierten en llanuras y la montaña está allá, enfrente.

Éstas son sombrías, rocosas. Dos de picos iguales se llaman *las Gemelas*. Más lejos hay otra cumbre, que debe ser *la Madre*, según aparece, imponente y augusta, como guarda y vigía protector. La religión de la montaña, la personificación de sus formas, lo misterioso de sus leyendas, es algo fundamental que se siente aquí como en la Jounfranc de Noruega.

El río, escaso de agua, es rico en belleza. Su lecho pedregoso está festoneado de rosales, zarzamoras y madre-selva. La sangre venosa de la montaña se le escapa del corazón en fuentes de agua clara o de virtudes curativas maravillosas. Estas fuentes de agua hirviendo me asustan. Creo que salen de la gran caldera de un volcán cuyas chimeneas están muy lejos. Pero ¿y si un día no las deshollinan bien?

* * *

Me he orientado en el hotel. Estos grandes hoteles son como pueblos, en los que no ha nacido ninguno de los habitantes. Ningún conocimiento tiene la raíz bastante antigua para que no se miren unos a otros con desconfianza. Los que llegaron unos cuantos días antes son ya como in-

dígenas; acogen a los otros con cierto recelo y curiosidad. Se comenta al oído de unos a otros que ha llegado *un nuevo*, y en seguida se trata de averiguar quién es.

Yo estoy aquí más extranjera que lo estaba en París. No conozco a nadie aún, y por un extraño capricho me parece que los conozco a todos, que son como *dobles* de personas que yo he tratado. Hay una María Pérez, una Lola Sánchez, y, sobre todo, muchas Picón. ¿Te acuerdas de aquella pobre y buena señora que personificaba para nosotras cuanto hay de cursi y de incomprensivo en la burguesía? Pues hay muchas señoras Picón.

El hotel tiene parecido a un transatlántico. Una gran galería de cristales que la une con el balneario da idea de la pasarela de una borda, sobre la que se abren el salón y el comedor, inmensos; sostenidas por columnas, con todo el aspecto del comedor y del salón de un barco. Los ventanales se abren sobre el mar de verdura, donde el ramaje de los árboles pone rumor de olas. Al otro lado están la sala de billar y de tresillo, la salita de escritorio y la gran capilla, de enorme puerta cochera, en cuyo fondo se vislumbra la pequeña sacristía.

Son las once de la noche; ya está todo en silencio. Este piso de arriba, donde a un lado y a otro de la galería se abren las habitaciones, es conventual. Parecen celdas. En el extremo de la galería vela constantemente una camarrera de guardia. Todo está limpio, brillante; el suelo de madera, encerado, se ofrece a los resbalones. Hay un reposo pesado. Recuerda los hoteles protestantes que habitamos en nuestro viaje a Suecia.



DÍA DOS

He pasado mala noche. Estoy cansada. En la habitación de la derecha, contigua a la mía, un pobre señor con un ataque de asma ha tenido a su lado, asistiéndolo toda la noche, a su esposa y una camarera. Su falta de aire era contagiosa: me costaba trabajo respirar, como si mi voluntad le cediese a él una parte del oxígeno que mis pulmones no sorbían.

En la habitación de la izquierda tosía, con esa tos inconfundible del pulmón herido, esa tos que ahoga y asfixia, otro señor. Cuando se durmió, el aire resonaba en su pecho con una violencia de tromba, como si lo fuese a romper.

Estaba solo y me consolaba pensar que nadie sufría el tormento de velar oyendo su respiración de caracola de barco, en cuyos recovecos penetra el aire con esos estampidos.

Me esperan malas noches; pero no quiero cambiar de cuarto. Ya he aceptado la herencia del desconocido que habitó aquí antes. No quiero aumentar este riesgo de un contagio que comienza a espantarme.

* * *

Me ha tranquilizado verlos a todos en el comedor. Todos han borrado su mala noche. Ninguno se queja. ¿Quiénes serán mis vecinos? Se come en mesitas separadas. La comida es buena, sólida, bien hecha. Comida de España,

donde aún no ha penetrado el engaño en las comidas. Las camareritas, chicas montañesas, pelinegras, de color triqueño y ojos oscuros, tienen tipos graciosos e interesantes. Son de línea fina, ligeras, airosas, cabeza pequeña, carita menuda, expresión inteligente y honrada. Con sus trajes negros, sus delantales y sus cofias blancas, tienen algo de novicias, de Siervas de María.

He cumplido la obligación de consultar al médico, un señor vivaz y simpático, que admite a los que están en condiciones de tomar las aguas.

En seguida he comprado mis papeletas. Una porción de billetes de colores, como entradas de teatro, que todos cuestan bastante caros... Billeto para beber el agua, servicio de bañeras, baño, pulverización, inhalación, duchas, niebla... Con esto ya tenemos para andar atareados de un lado para otro todo el día.

Como todos madrugan mucho para cumplir el deber de tomar el agua, viene después una larga siesta. Se pasan los agüistas todo el día en el Parque, sobre la hierba húmeda, en el ambiente húmedo, en esta hondonada triste y fría; pero todos dicen que esto es encantador, y acabamos por creerlo. Las curas deben hacerse por sugestión.

Por la noche, después de comer, la mayoría entra en el salón y algunos se quedan en la galería.

Me he sentado en esta última, en una butaca de mimbre. A mi derecha, un grupo de caballeros discutía a gritos la cuestión social, que uno pensaba haber resuelto con gran sencillez.

A mi izquierda, las señoras hablaban del *Cristo de Limpias*. El famoso Cristo que mueve los ojos, suda sangre, de vez en cuando, a la vista de los fieles que lo visitan. No te rías de la superstición española; recuerda que Lourdes está en Francia.

Por las ventanas abiertas se ve el salón. Un pobre pianista, contratado para eso, toca rutinariamente piezas fáci-

les. Baila la muchachada. Una docena de jóvenes de ambos sexos, que mantiene la tradición de la vida de Bañerío. Yo, para no ir con ellas, he dicho que soy viuda. Quizá he hecho mal, porque desde entonces me miran más los caballeros. Una viudita joven incita a consolarla de la nostalgia del matrimonio. Las viudas que tengan amantes deberían decir que eran casadas, es si no es una traición que *les hacen*.

Algunas parejas han bailado. No tienen nada que envidiar a nuestros *tés danzantes* de París. Sobre todo, una niña de piernas gordas y un jovencito de pantalón blanco, han obligado a decir a uno de los que miraban:

—Si en mi tiempo hubiéramos bailado así, nos sacan los ojos las suegras.

Y un señor de semblante rojizo, que miraba con delección y se ponía más rojo, ha respondido:

—Es que entonces eran ustedes más malos, más maliciosos.



DÍA TRES

Ya que te he descrito el lugar y la vida que hacemos aquí, mi querida Ana, voy a enviarte un *álbum de retratos* de los tipos representativos de las diferentes clases que me rodean.

* * *

Empezaré por la Condesa. Tenemos la Condesa le balneario, la que llega primero que las otras condesas, antes que los títulos se vulgaricen. Ella se siente más Condesa – sobre todo si tiene un *auto* que suena mucho la bocina–, porque todos los *agüistas*, orgullosos de poder decir en sus pueblos que han vivido con una condesa auténtica, la saludan y le llaman *señora Condesa*; le dan el mejor lugar en el salón; en su mesa del comedor le ponen varias botellas de rótulos que ostentan las medallas doradas de los grandes premios, y los canónigos, para dirigirle la palabra, toman siempre compostura de abates del siglos XVI, y le dicen: «Mi señora Condesa». Anda engallada, muy tiesa, mirando alto para no ver a la gente, como hacen los Reyes, y suele no saludar a nadie. ¡Qué pena les debe dar cuando vengan otras condesas o duquesas a quitarles su singularidad!

* * *

Ese caballero alto, afeitado, que parece un *yankee*, es un marino. Pulcro, correcto, silencioso, tiene el cabello

blanco, y en los ojos lleva una nota verde-azul por haber mirado mucho el cielo y el agua de los mares. Ya está jubilado y vive en una oficina de la Transatlántica. Está enferma su garganta y no saben de qué. Viene a tomar pulverizaciones, y se alivia con ellas, porque le llevan agua a su garganta. Es la garganta del marino que no se ahogó y está ansiosa de agua. Él va todas las tardes de paseo por la orilla del río y sube a aquella loma desde la cual se ve lejano el mar.

* * *

En todas partes hay una señora andaluza, que tiene el deber, impuesto por su andalucismo, de ser muy animada, burlona, decidora de chistes y capaz de espetarles a todos los descaros que ninguno se atrevería a formular. Ella está obligada a tomar parte en cuanto se organiza y, sobre todo, a hablar mucho, alto, con ese cambio de letras que estropea el castellano, exagerando el dejillo y el acento dulzón y cubanito, que se prolonga y se tiende perezoso en sus labios.

Esta andaluza del balneario está en la sazón de treinta a cuarenta años, viuda, nacida en la Macarena, ya un poco pasada, un poco jamona, con hermosos ojos en la ojera demasiado marcada. Conserva rasgos de una belleza amplia y fuerte, de facciones correctas, boca noble y cuerpo de buena moza, redondita, con manos chicas y carnosas y el pie característico de su tierra, encorvado y chiquitín, que parece andar de puntillas.

Da lástima verla agitarse tanto y exagerar así su acento. ¡Tan bien como estaría una andaluza discreta que se hubiera olvidado de que era andaluza!

* * *

Hay también siempre una niña de Madrid. Aunque sea de otra provincia, es de Madrid esa niña que capitanea a

las otras, está en todas partes, acapara la atención de todos los muchachos y es con la que se cuenta para las fiestas y excursiones.

La niña de Madrid es la imprescindible, la que da el tono y la moda. Las otras la miran con una especie de superstición curiosa, como si allá, en el fondo de su inocencia, pensasen: «¡Lo que ésta debe saber!», recordando esas conversaciones de las señoras mayores que al llegar ellas se callan.

* * *

También hay en todas partes un viajante de comercio. Si no lo hay, por lo menos está representado por ese tipo de hombre de treinta años, con bigotito retorcido y zapatos blancos. Saca la tabaquera; enciende el cigarro, con el aire y la parsimonia de los habituados a enseñar la caja de muestras.

* * *

Una señora muy alta, una solterona delgada, pálida; una mujer tubo, se atraganta todos los días en la mesa, como si lo estrecho de su cañería no dejase pasar las migas de pan. La conozco por *la que se atranca*.

* * *

El hombre de los balnearios es un buen señor gordo, calvo, bien vestido, de solitario al dedo y cadena de perro en el chaleco, sosteniendo la gran pesa de oro de un enorme reloj. Tiene plétora de salud y va a curársela a los balnearios.

—El año pasado —dice— estuve en Cestona para el hígado y luego en Alceda, para las herpes. El otro, en Liérganes, para los bronquios. Hace dos fui a Mondáriz y las Cal-

das de Besaya. El anterior, en Panticosa. Éste, ya he estado en Fortuna. El próximo me iré a Archena.

¡Pobre hombre feliz, que no sabe cómo curarse su salud!

* * *

El gran personaje, el político u hombre importante, vive sacrificado. En cuanto asoma, todos lo miran, lo asedian, lo molestan; le hablan de asuntos que desea olvidar por unos días; se le recomiendan, para estar bien con él, *por si acaso...*

* * *

Los pollitos de pantalón blanco. Son una casta de pollos que tienen su lugar aparte en el casillero de las diferentes especies, como sucede con las gallináceas de distinta familia. Quisiera aconsejarle a las jóvenes que no hicieran caso de los pollos de pantalón blanco, porque esos cuidan tanto de llevar bien planchada la raya de su pantalón, y están tan enamorados de sí mismos, que no las podrán amar. Ésos no son maridos posibles.

* * *

El niño rico se conoce en que camina con la boca abierta y se queda parado, con los ojos muy fijos y el gesto embobado. Lo tienen idiotizado su madre, sus tías y la gente que lo rodea. Mira a los muchachas con recelo, como si fuesen ratoneras dispuestas para cazarlo, y si alguna vez se digna tener una atención con alguna, en seguida interrumpe la mamá para evitar aproximaciones...

* * *

La aprensiva está todo el día arropada, sin moverse de la butaca, sin querer comer; pero no se encierra en su